

11 VI 21 junio Buenos Aires (R. A.)

A don M. N. y O., espontáneo corresponsal y censor.

Dice, señor — es decir, lector — mío y espontáneo corresponsal que no entiende del todo todos nuestros artículos de aquí. ¡Y qué le vamos a hacer!... Con que entienda algo de algunos dámonos ya por satisfechos. «Es que hay que escribir para todo el mundo!» — exclama usted. ¡Alto aquí, señor!

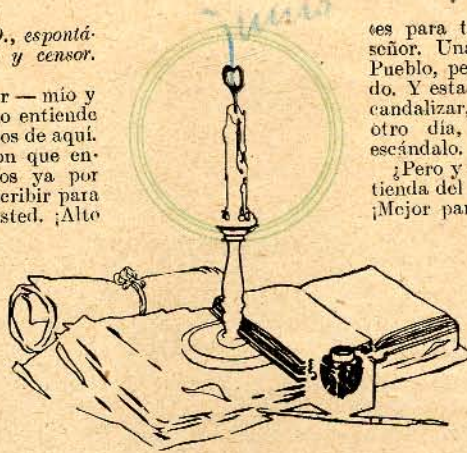
Primero no nos ha explicado usted quien es ese señor Todo el Mundo. Nosotros no lo sabemos y presumimos que tampoco lo sabe usted. Y aquellos para quienes escribimos y nos entienden están dentro del mundo y forman parte, aunque no la totalidad, de él. ¿No le parece a usted?

No, no, no conviene que escribamos todos para todos, pues esto sería el camino más corto para no llegarnos a entender. O más bien para que lo que nos dijéramos careciera de todo interés.

Y ahora, si usted no se nos molesta — pues bajo las líneas de su carta palpita y verbenea un cierto resquemor — vamos a recordarle un pasaje del Libro. (El Libro es *El Quijote*, por si usted no lo sabía). Y es aquel del capítulo VI de la Parte Primera en que se trata del donoso y grande escrutinio que el Cura y el Barbero hicieron en la librería de nuestro Ingenioso Hidalgo y donde al hablar el Cura del «cristiano poeta Ludovico Ariosto», como el Barbero, Maese Nicolás, dijese de él: «Pues yo le tengo en italiano; mas no lo entiendo», el cura, licenciado Pero Pérez, le respondió: «Ni aun fuera bien que vos le entendiéradess. Lo cual le parecerá a usted, lector mío, como a nosotros nos parece una impertinencia del señor Cura. ¿Pues qué mal hay en que un barbero, aunque sea de un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiso acordarse Cervantes, entienda en italiano a Ludovico Ariosto? Sin duda ninguno y por nuestra parte no acertamos a comprender que es lo que el bueno del licenciado Pero Pérez quiso decir con eso. Pero...»

Pero que quisiera Pero Pérez decir lo que quisiese es indudable haber cosas que no fuera bien las entendiesen los barberos, y ello por la sencillísima razón de que para ponerse en situación de entenderlas tendrían que descuidar el rapado de las barbas. Por nuestra parte si nos afeitáramos — que no nos afeitamos — podemos asegurarle, señor mío, que no entregaríamos nuestro cuello a que nos lo rasurase a un barbero de quien supiésemos que se daba a leer la «Crítica de la Razón Pura», o las obras de Nietzsche o ciertos dramas de Ibsen y otras cosas así. Con lo que no queremos decir, claro está, que estas obras sean ininteligibles ni aún para un barbero.

«Es que una revista popular» — exclama usted —



NI AUN FUERA BIEN ENTENDERLO

por
MIGUEL
DE
UNAMUNO

sin duda es un método como otro cualquiera y que en ocasiones ha producido sorprendentes resultados.

¿Qué nosotros queremos decir una cosa y usted entienda otra? ¡Y qué más da!... Puede ser que usted tenga más razón que nosotros. Porque aquí lo importante no es lo que nosotros hemos pensado para escribir, sino lo que nuestros lectores piensan por habernos leído. Que el pensamiento no es una propiedad quirúrgica e inajénable.

Tiene usted, señor, la manía didáctica, a juzgar por su carta. Padece usted de pedagogismo, enfermedad peligrosísima. Y porque ha oído que tenemos cátedra se imagina que la vamos a trasladar a estas columnas. No, nada de eso. Aquí nos proponemos ante todo y sobre todo distraer y divertir al lector y si de paso podemos sugerirle algo, miel sobre hojuelas. Y hacer pensar o sentir más que darle pensado.

Y por último vamos a comunicarle un secreto, señor don M. N. y O. Usted nos dice que no entiende del todo todos nuestros artículos. ¿Pero es que cree usted que los entendemos nosotros? ¡Y no se escandalice, no. Hay cosas que ni el que las dice las entiende bien. Y las dice para ver si así las entiende. En cuanto una larva de pensamiento, o de fantasía, nos estorba en la mente la echamos, escribiéndola, a fuera, para viéndola así, fuera nuestro, verla mejor.

Y esto se lo explicaremos mejor otro día.

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" Lomo



EN EL CONCIERTO

Primer entusiasta. — ¿María, no has probado nunca escuchar la música con los ojos cerrados?
Segundo entusiasta. — ¿Y usted, señor, no ha hecho nunca la prueba de escuchar con la boca cerrada?



HASTA ENTRE ESQUIMALES...

Propietario. — ¿Por qué me cobra mucho más de lo que acostumbra, por construirme una choza?
Constructor. — Debido a la carestía del hielo.

